



THE HORUS HERESY®
PRIMARCHS

CHRIS WRAIGHT
LEMAN
RUSS

EL GRAN LOBO

minotauro

THE HORUS HERESY®
PRIMARCHS

CHRIS WRAIGHT

LEMAN
RUSS
EL GRAN LOBO

minotauro

Primarchs nº 02 Leman Russ: El Gran Lobo

Published by Black Library, 2016
Copyright © Games Workshop Limited
Originally published as *Leman Russ: The Great Wolf*

Leman Russ: The Great Wolf, Primarchs nº 02 Leman Russ: El Gran Lobo,
GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy,
el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000,
el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes,
nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el
distintivo * o TM y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado, 2024
Imagen de cubierta: Mikhail Savier

ISBN: 978-84-450-1733-3
Depósito legal: B. 3.683-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



I

El cielo nocturno estaba despejado, iluminado tan solo por unas estrellas de color blanco azulado desperdigadas por encima de los enormes flancos de Krakgard. Fenris podía ser un lugar muy bello cuando se lo proponía, tal vez tan bello como cualquier otro mundo del Imperio.

Solo que Ove-Thost no conocía ningún otro planeta. Lo único que conocía desde que había nacido era aquel frío capaz de quebrar huesos, el fuego repentino que se producía cuando el corazón del planeta entraba en erupción, el fuerte oleaje de los océanos moteados de hielo... Y, hasta hacía tres días, se había olvidado incluso de eso.

Tres días antes había sido una bestia, con la barbilla llena de saliva espumosa. Había trotado a cuatro patas, encorvado entre los montículos grises, aullando de agonía hacia el cielo vacío. Había combatido contra otras bestias, contra unos monstruos enormes y cubiertos de pelaje que salían de las cavernas y los acantilados. Las criaturas le habían arañado la espalda con las garras, y él les había destrozado la garganta con los dientes.

Si bien Ove-Thost ya solo albergaba unos recuerdos confusos sobre esas batallas, retenía las heridas para demostrar por lo

que había pasado. Tenía manchas de sangre, gotas congeladas por toda su masa muscular desnuda. Cuando se miró los músculos con los sentidos humanos que estaba recobrando, vio vello de raíces gruesas y puntas rojizas que le salían del dorso de los brazos, en el pecho y en las piernas. Se pasó las manos por la melena rojiza que le cubría la nuca, con las uñas más largas que antes, y notó unos mechones tersos que se resistían al movimiento de los dedos.

Ya había vuelto a correr como lo hacían los hombres, a dos piernas, aunque encorvado y jadeando. Avanzaba por la nieve con dificultad, por donde se hundía hasta la rodilla y levantaba una nube con cada paso. El aliento le salía húmedo y entrecortado, arrancado de unos pulmones hinchados de sangre, con la sensación de que tenía aceite hirviendo dentro.

Ove-Thost se incorporó un poco más. La ladera oriental de Krakgard se alzaba hacia el cielo nocturno y se tornaba de un tono azul pálido bajo la luz de Valdrmani. El borde de la montaña tenía un aspecto puntiagudo por la silueta oscura de los pinares, con aquellos árboles gruesos que se aferraban a la roca y contenían mil maneras distintas de perder la vida. Echó un vistazo hacia delante, escudriñando la penumbra con unos ojos que habían pasado a ver con mayor nitidez de la que jamás se había imaginado antes de beber del cáliz. Olisqueó, se metió aire en las fosas nasales e identificó los muchos peligros distintos que se juntaban en un viento iracundo.

Más allá del límite del bosque y de la cresta del paso estaba el pico más grande de todos, la Montaña, el lugar al que lo habían llevado, donde lo habían puesto a prueba y lo habían cambiado. Lo único que recordaba de aquel lugar era la Puerta, lamida por el fuego, y luego los sueños, aquellos que lo habían hecho gritar hacia la oscuridad. Y, durante todo ese periodo, lo habían observado unos rostros ocultos, escondidos detrás de máscaras de cuero, con unos ojos dorados clavados en él.

Tenía que volver allí, tenía que salir del frío eterno y volver a las hogueras que ardían bajo tierra. Incluso cuando todavía era presa de su locura de bestia lo había sabido.

«Tengo que volver.»

Emprendió la marcha una vez más, sin hacerle caso a las punzadas de dolor que notaba en los gemelos, encorvado y cerca de la nieve endurecida. El paso estaba por encima de él: una masa altísima de acantilados y peñascos, llena de caminos falsos y grietas. La fatiga amenazaba con sobrepasarlo, pero siguió adelante y obligó a sus tendones con calambres a seguir funcionando.

Tardó horas en llegar a la primera cresta, tras lo cual aceleró el paso y fue apartando los montículos de nieve con las manos agrietadas. Valdrmani casi había desaparecido del firmamento para cuando llegó al punto más alto del paso y, con ojos cansados, divisó la Montaña.

Entre las sombras de la noche parecía más descomunal que antes, un saliente agrandado del núcleo del planeta que sobresalía de la superficie, más y más alto, cubierto de terraplenes de nieve sucia cada vez más escarpados. La cima relucía contra el cielo lleno de estrellas con unos puntos rojos lejanos, y la superficie temblaba un poco por la acción subterránea de sus enormes motores internos.

Los caminos elevados quedaban por debajo de él y se alzaban desde la base de los valles que tenía por delante, amplios y rectos. Al final de ellos se encontraba la Puerta, coronada con piedra y cerrada a cal y canto con un hierro ennegrecido por el clima.

Solo que primero tenía que llegar hasta allí. Se puso a correr una vez más, patinándose y resbalándose con la escarcha y el hielo. El aliento le salía más deprisa, el corazón le latía con fuerza.

Captó el aroma acre de un depredador un microsegundo demasiado tarde, pues lo escondía el vendaval que le soplabá contra la cara. Giró de repente y se puso de rodillas, aunque

no lo bastante deprisa, y un muro de pelaje y tendones con vida le dio en un costado.

Ove-Thost cayó hacia la nieve, dando tumbos. Unas garras le arañaron la espalda, se le clavaron y le hicieron soltar un rugido de dolor. Se echó atrás para intentar quitarse la criatura de encima, pero era más pesada que él, con un pelaje enmarañado, con motas grises y tieso como el hierro.

Fue a por él y abrió unas fauces tan grandes como el pecho de Ove-Thost, quien captó un atisbo de tres filas de dientes, seguido de una bocanada de aliento fétido y un goteo de saliva amarilla. Echó la cabeza a un lado e hizo fuerza con los brazos para hacer que la criatura perdiera el equilibrio.

Eso fue suficiente. La bestia cerró las fauces sobre el hombro de Ove-Thost, en lugar de en el cuello. La sangre salió a borbotones, los manchó a los dos y le empapó la boca y las mejillas a Ove-Thost.

El hedor a cobre volvió a despertar la ira que el animal guardaba en su interior, la misma que lo había mantenido con vida en aquellos baldíos profundos, y rugió con gran furia. Empujó con más fuerza, se quitó a la bestia de encima y rodó. Hizo fuerza con las piernas, agarrotadas, las estiró y se abalanzó sobre quien pretendía darle caza.

Todavía tenía las manos atrapadas en las garras de la bestia, con el cuerpo hundido en el pelaje, por lo que solo podía recurrir a sus dientes, más largos y afilados desde que había bebido del cáliz.

Mordió, atravesó pelaje y carne, movió la cabeza de un lado a otro y se bañó en el río negro y cálido de la sangre. La criatura que tenía debajo aulló, arqueó el lomo e intentó alejarse, pero Ove-Thost ya no era la presa.

Mató a la bestia. Se impulsó para apartarse del cadáver, echó la cabeza atrás, ensangrentada, y aulló hacia el firmamento nocturno. Se regodeó en su triunfo, con los brazos atrás, el

pecho temblándole por el cansancio y la piel desnuda llena de largas líneas de líquido caliente.

Durante un momento, casi se perdió su propia noción. Unas visiones parpadearon en su mente febril: se vio a sí mismo meterse en el bosque de nuevo para dar caza a más criaturas de las que acechaban por allí. Podía pasarse toda la vida de cacería, corriendo bajo una nieve teñida por la luz de la luna, al liberar la presencia de ojos ámbar que tenía encerrada en el pecho.

Entonces, su aullido de muerte terminó y cayó al suelo, mareado por la sangre que había perdido. De rodillas, notó que el animal retrocedía y que el humano volvía. Tenía el hombro hecho un destrozo de tejido masticado, una herida que lo habría matado antes de que el cuerpo hubiera sufrido los cambios y que incluso, entonces, amenazaba con acabar con él.

Estiró una mano hacia las fauces cálidas de la bestia muerta y le sacó dos de sus colmillos, cada uno grande como una mano, finos y curvados de forma siniestra. Con un gruñido de dolor, se los colocó en los bordes de la herida para juntarla.

Se puso de pie y se alejó a trompicones, dejando huellas ensangrentadas a su paso. Tenía los bordes de la vista borrosos, temblorosos según se movía. Tiritaba por el frío mientras se le pasaba el efecto de su frenesí animal, y se obligaba a avanzar mediante el mantra que se repetía una vez tras otra durante los peores momentos.

«Tengo que volver.»

Transcurrieron más horas y perdió la habilidad de guiarse. Arrastraba los pies, con la cabeza gacha. En algún punto del trayecto, la nieve que pisaba le empezó a parecer más firme, como si hubiera roca debajo, pero no se paró a comprobarlo.

Cayó de rodillas una vez más, tiritando, y avanzó a gatas. Le daba la sensación de que ascendía, de que escalaba por una pendiente escarpada para llegar hasta el firmamento, donde las estrellas giraban y el Padre de Todos recibía a sus mejores guerreros en Su sala.

Solo se detuvo cuando la noche se derritió ante él, interrumpida por una fina línea de color gris perlado al este, y las sombras azuladas se encogieron. El viento sopló con menos fuerza y la luz intensa del sol de Fenris inundó el cielo vacío, como si de agua se tratase.

Alzó la mirada y vio la Montaña frente a él, alzándose hacia el aire helado, inmensa más allá de lo que podía concebir. La Puerta estaba a unos pocos cientos de metros de distancia, enorme por sí misma, de muchos pisos, flanqueada por unas columnas de roca tallada y coronada por una gran cabeza de lobo hecha de piedra, que gruñía hacia los caminos de acceso. Unas siluetas que parecían diminutas se juntaban en su base, todas ellas ataviadas en armadura y con unas máscaras metálicas.

Ove-Thost gateó hacia ellos, arrastrando la pierna izquierda, que se le había entumecido, y sangrando por el hombro. Los demás no hicieron ningún intento por ir a ayudarlo, sino que lo observaron conforme se acercaba. Según los iba viendo más de cerca, Ove-Thost captó unos rostros despiadados que lo miraban, con sus manos metálicas apoyadas en la empuñadura de espadas y hachas de dos manos. La armadura de algunos era de color gris azulado, la de otros mostraba el brillo opaco del hierro sin pintar, mientras que otras eran de un tono negro más oscuro.

Cada esfuerzo le dolía más que el anterior. Su visión se volvía cada vez menos nítida, y no tardó en solo ser capaz de ver una niebla gris. Cuando llegó al umbral, cerró los dedos en él y se aferró a la piedra erosionada por el viento. Solo entonces se movieron los gigantes, se agacharon para ayudarlo a ponerse de pie, para echarle un líquido caliente por el gaznate, para quitarle los colmillos de la herida y lanzarlos a la tierra una vez más.

—No —soltó Ove-Thost, estirando la mano hacia los dientes de la bestia a la que había matado.

Oyó una carcajada ronca, más profunda que la de un hombre común. Una de las siluetas de armadura negra, con un brillo rojo

apagado en los ojos, como la sangre del corazón, cogió los dos colmillos y los colocó en las palmas con callos de Ove-Thost.

—Está bien —dijo—. Te los has ganado.

Así empezó todo.

Transcurrieron varios años, y su cuerpo sufrió más cambios. El líquido del cáliz que había bebido en el hielo eterno, el Canis Helix, resultó ser solo la primera de muchas pruebas. Cada una de las siguientes le presentó una agonía nueva cada vez que flexionaba las extremidades y se le espesaba la sangre, pero también lo hicieron más fuerte, más raudo, más letal. Aprendió nuevas formas de combatir, además de con armas nuevas. Otrora tal vez habría estado orgulloso de poder presumir de haber matado a un hombre; con las pruebas le enseñaban a matar a cientos, a miles. A planetas enteros.

Ya no era Ove-Thost, sino Haldor Doscolmillos, y se acostumbró al nuevo nombre igual que se acostumbró a todo lo que había en aquel lugar. Era miembro de los Garras Sangrientas, los más novatos de los Huargos, y entrenaba y combatía con otros que eran como él, extraídos de las tribus de los mares congelados para forjarlos a la imagen y semejanza de los dioses.

No veía ninguna diferencia entre él y los demás. Se reía con ellos y peleaba con ellos, además de aprender cuál de las grandes armas (hacha, espada, rifle bólter o garras) iba a ser su favorita. Su manada se formó en torno a él según otros sobrevivían a las pruebas: Valgarn, Eiryk, Dientesucios, Sventr y otros; todos ellos, jóvenes, con la piel lisa y los ojos brillantes. Alzaban la mirada hacia el firmamento tormentoso de aquel mundo letal y veían las naves zarpar desde las plataformas de aterrizaje de la cima de la Montaña. Sabían que iban a subir a bordo cuando llegara su momento, y se morían de ganas.

Brannak era el Sacerdote Lobo de la Gran Compañía de Labiorroto y hacía que todos se esforzaran al máximo. En

cada prueba, en cada obstáculo, los observaba con los brazos cruzados, con su hacha de dos manos, *Escarcha*, balanceada bajo el peso de sus muñecas. Era él quien le había devuelto los colmillos a Haldor, los cuales colgaban de unas tiras de cuero curado que el Garras Sangrientas llevaba al cuello, donde tintineaban contra el gris liso de la pechera.

Haldor creía que Brannak le prestaba más atención a él en particular. Cuando estaba agotado, cuando se había esforzado más de lo que era capaz de soportar, eso lo molestaba. En otros momentos, le generaba una confianza en sí mismo desmedida, que casi llegaba a ser arrogancia y que provocaba una venganza por parte de sus compañeros de manada, quienes se peleaban con tanto ahínco entre ellos como harían con cualquiera que enviaran en su contra. Tras las largas contiendas, con la piel ensangrentada y los huesos resquebrajados, se dejaban caer alrededor de las hogueras, con el cabello empapado por el sudor, y se les olvidaba por qué se peleaban.

—Nos vigila a todos —dijo Eiryk, sonriendo a través de una boca herida.

—A mí más que a ti —musitó Haldor—. A mí más que a nadie.

Así transcurrieron los días, con una procesión de hielo y fuego al salir bajo el cielo y al volver a las cavernas. Crecieron, se ganaron sus cicatrices y el vínculo que unía a la manada se hizo más férreo.

Sventr fue el primero en perder la vida. Tres más perecieron después de él, destruidos por la agonía de un fallo de la implantación o al morir en el combate de prueba. Cuando llegó el último día, la manada contaba con nueve miembros, todos con el caparazón bien colocado y el vínculo a la servoarmadura establecido. Entonces estuvieron completos, al menos en cuerpo, pero no todavía en mente. Se colocaron el casco y vieron cómo el mundo se disolvía en unas superposiciones de runas y objetivos

electrónicos. Los llevaron a las forjas de los Sacerdotes de Hierro y les entregaron sus armas, espadas sierra en su mayoría.

Cuando Haldor se puso en pie para recibir la suya, Brannak le entregó un hacha de mango más corto que *Escarcha*, de doble filo y forjada a partir de un metal oscuro. No tenía ninguna runa grabada, sino que dos líneas austeras trazaban un corte en los bordes exteriores.

Haldor la empuñó, y el peso le pareció apropiado, aunque no estaba acostumbrado a él. Pensaba usarla para hendir la galaxia entera.

—¿Sabes cómo se llama? —le preguntó Brannak. Haldor alzó la mirada hacia él.

—¿Debería saberlo?

Brannak le propinó un puñetazo en la mandíbula, con el crujido seco de un puño de guerrero, y le echó atrás el cuello.

—Apréndetelo.

Entonces siguió avanzando por la fila. Haldor se frotó la mejilla, ya hinchada, mientras miraba el metal. No tenía ningún nombre que él supiera, por lo que tal vez iba a tener que robarle uno.

Miró de reojo a Eiryk, quien ya examinaba su espada sierra con cierto deleite.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Haldor, de reojo.

Eiryk no lo miró, pero pasó un dedo por los dientes afilados de su arma con un tintineo metálico.

—Somos Guerreros Celestiales, hermano —respondió, distraído—. Hacemos lo que hacen ellos. Bebemos.

Las voces resonaban por el comedor. Algunas de ellas eran humanas, aunque sonaban tenues y difusas bajo los rugidos guturales de los transhumanos, los Ascendidos, los semidioses. Los braseros brillaban por los carbones y destellaban cada vez que el *mjod*, una bebida alcohólica, les caía encima. El ambiente estaba cargado de hedor a sudor, a carne cocinada y a paja pisoteada.

Estaban en las profundidades del Colmillo, envueltos por sus entrañas de color hierro oscuro, iluminadas desde el interior por una llama que se retorció. Era un lugar lleno de sombras serpenteantes y teñido del rojo sangre de las hogueras. La hermandad entera estaba allí, se peleaban y se atiborraban con el festín bajo la supervisión de su jarl, Aeska Labiorroto, otrora guerrero de la Tra de la VI Legión, que había pasado a ser Señor Lobo de la Tercera Gran Compañía del Capítulo de los Space Wolves. La galaxia había cambiado desde el final del Asedio, incluso en las salas de Fenris, pero mucho seguía siendo igual.

Los miembros de la Guardia del Lobo de Aeska estaban sentados con él, alrededor de la gran mesa de piedra, y buscaban los intestinos con más grasa entre las tablas de comida. Alzaban cuernos para beber, adornados con oro, y se echaban un líquido espeso por el gaznate, sedientos. Entonaban los cánticos antiguos de la Legión, los que habían cantado en el planeta helado desde antes de la llegada del Padre de Todos, los que iban a seguir cantando después de que la última estrella se extinguiera.

Llevaban armadura, porque era un día especial, un día señalado, uno para celebrar la fuerza pura de lo que habían extraído del cataclismo galáctico, que en aquellos momentos tenía brotes nuevos, verdes como lanzaespinos después de primavera. También llevaban pieles pegajosas, por lo que se les derramaba encima: trofeos de las bestias a las que habían matado en las tierras salvajes.

Haldor estaba sentado junto a su manada de Garras Sangrientas, los neófitos de la compañía, aunque aquel día les habían concedido el puesto de honor, por debajo de la mesa alta. Eiryk estaba a su zurda, con las mejillas coloradas, y Valgarn, a su diestra. Se asemejaba a cualquier otro festín, organizado en cualquier comedor de jarl hecho de madera, en pleno verano, con los cuernos alzados en honor a los caídos para alentar a los vivos.

Solo tras muchas horas, Labiorroto se puso en pie por fin desde su trono, se quitó unos pellejos de color marrón óxido de los hombros y la marea de ruido dio paso al silencio.

El rostro de Aeska mostraba una cicatriz en el lado derecho, con la piel pálida y arrugada. Tenía un ojo augmético, con una anilla de metal arañado clavada en el cráneo, y una de sus manos también era biónica. Corría el rumor de que lo habían sacado de Yarant en las últimas, a punto de que se le cortara el hilo de una vez por todas. Era uno de los pocos que habían estado junto a Russ en la Era de las Maravillas, cuando todo era nuevo y se erigieron las torres del Imperio. Por tanto, cuando hablaba, hasta los Garras Sangrientas lo escuchaban.

El Señor Lobo alzó un cuerno de beber que aferraba con un puño nudoso y lleno de anillos.

—*Heilir, Fenryka*—gruñó, y su voz recorrió las losas de piedra como el fuego al prenderse—. Venid en paz a nuestro hogar.

El saludo era tan antiguo como los propios huesos del mundo, y todos alzaron sus cuernos en respuesta, con un saludo hacia su líder de guerra.

—Hemos acudido aquí, bajo esta roca, desde que Ogvai era jarl—continuó Aeska—, para marcar las victorias, para señalar las derrotas, para ensangrentar a los recién llegados, para que nuestros colmillos llamen un poco más a la muerte.

Unas carcajadas roncadas recorrieron la sala.

—Aun así, esta es la primera noche de una nueva era. Estos Garras Sangrientas que dan un paso hacia los Hurgos son los primeros que no conocen nada más allá de las nuevas costumbres. Los demás se sumaron a una legión; ellos, a un Capítulo. Son nuestro futuro.—Labiorroto pasó su mirada intensa por la mesa de Haldor, donde observó a todos sus integrantes—. Que el Padre de Todos nos proteja.

Haldor le devolvió la mirada, sin reconocer ni siquiera ante sí mismo lo difícil que era mirar a los ojos a alguien que había

combatido durante tanto tiempo, con tanto esfuerzo, contra un enemigo que parecía estar tan presente como la oscuridad al borde de una hoguera, por muchos años que hubieran transcurrido desde su derrota final.

Laborroto desenvainó su hoja, una espada ancha de dos manos con el cuello de un dragón serpenteando por todo el borde de sierra. Apuntó con ella hacia los Garras Sangrientas y la hizo descender en un saludo.

—El enemigo volverá —anunció, con una voz que no fue más que un gruñido ronco, que sonaba como unas garras sobre el cuero—. Combatidlo, asfixiadlo, derrotadlo. Para eso os hemos creado.

La compañía se puso en pie, apartaron tablones de madera pesados y fueron a por espadas sierra, hachas, espadas largas y mazas. Alzaron las armas por encima de la cabeza y arrojaron unas sombras de muerte sobre el rostro de los nuevos reclutas.

—Cuando llegasteis aquí, este era mi hogar —dijo Aeska, y esbozó una mueca llena de colmillos con sus labios resquebrajados, aunque tal vez fuera una sonrisa—. Ahora es el vuestro. Defendedlo con vuestra vida.

Todos exclamaron entonces, alzando un muro de sonido feroz que hizo que la piedra temblara y que las llamas se sacudieran.

—*¡Vlka Fenryka!*

Antes de saber lo que hacía, Haldor empuñó su hacha. Los miembros de su manada contaban con sus propias armas, y las sacaron de sus vainas desgastadas con un rumor de siseos secos.

—*¡Fenrys!*

Seguían gritando para convocar a los espíritus de la guerra y de la furia, alentados por las peligrosas cantidades de *mjud* que surcaban sus venas mejoradas por la genética. Las llamas parecieron enfurecerse y crecer en sus jaulas de hierro para echar atrás la penumbra eterna de la Montaña.

Haldor no iba a ser menos.

—*¡Fenrys hjolda!*

Los rugidos colosales resonaron hasta el techo de aquella cámara alta. Colmillos Largos y Garras Sangrientas, Cazadores Grises y Guardias del Lobo, los nombres antiguos y los nuevos, se sumaron en una sola voz en medio de las llamas y de los gritos de guerra, unidos por el aullido compartido como las manadas de lobos de las tierras salvajes.

Y, entonces, sonó el trueno, reemplazado por las carcajadas duras y roncas de los guerreros. Guardaron las armas y fueron a por los cuernos para beber. Brannak se bamboleó hasta la mesa de los Garras, con su voz grave, poco clara por el efecto del *mjod*, y empezó a contar las historias que iban a durar hasta bien entrada la noche. Era el momento en el que los jefes de guerra veteranos recitaban las sagas, los registros antiguos de guerras más antiguas aún que se libraron por todo el mar de estrellas. Cada festín terminaba de igual manera, con los escaldos y los jarls rememorando épocas pasadas, pues así se formaban los anales en Fenris.

A lo largo de todo el proceso, Aeska mantuvo la vista fija en Haldor. Una vez que terminaron de sonar los últimos gritos de guerra, Haldor apartó la mirada de la mesa alta, incómodo de repente. Se impulsó para alejarse del banco, con lo que unas tablas llenas de carne cruda terminaron cayendo al suelo.

Eiryk lo miró, con el rostro medio colorado y los ojos entornados por la alegría.

—¿Es demasiado para ti, hermano?

Haldor escupió al suelo. Estaba bien. Más que bien: estaba lleno de vida, con cada músculo ardiéndole por la expectativa del verdadero combate que lo esperaba.

Aun así, las palabras de Aeska le rondaban por la mente. «Son nuestro futuro.»

—Escucha las historias del viejo —le dijo Haldor, y le indicó su cuerno vacío—. Tengo sed.

Se alejó a grandes zancadas según oía la voz de Brannak, alzada en su declamación por detrás de él.

—Y el cielo se partió, y el hielo se resquebrajó, y el Padre de Todos vino a Fenris. Y Russ, vestido para la guerra, fue a Su encuentro y lucharon. La tierra quedó desolada, las estrellas se apagaron...

Haldor se abrió paso entre los demás en dirección a las puertas más alejadas del comedor. Según se acercaba a los enormes contenedores de *mjod* caliente, tan espeso y viscoso como el promethium sin refinar, un viento gélido entró a través de los arcos abiertos. Más allá de los arcos, unos pasillos vacíos serpenteaban camino al corazón de la Montaña, fríos y sin iluminar, cada vez más adentro. Los miró, y los pasillos le devolvieron la mirada.

Haldor se dio media vuelta en el umbral y vio a sus hermanos de batalla celebrar. Los siervos recorrían la estancia, esquivando a los gigantes con una habilidad silenciosa, con más leña para la celebración.

Era su mundo, el hogar que debía proteger.

Salió de allí bajo el arco que le quedaba más cerca. El ambiente se enfrió de golpe hasta alcanzar la infernal temperatura por defecto del lugar, y el último atisbo de luz de las llamas parpadeó al apagarse.

Haldor se colocó contra la piedra helada, rugosa y resbaladiza por el hielo. Respiró hondo y disfrutó del frío ardiente que le llegó a los pulmones. La oscuridad lo rodeaba, igual que en los bosques de Asaheim, de color negro azulado y cargada de venganza.

Emprendió la marcha una vez más, a grandes zancadas como ya había hecho, para adentrarse más. Todavía no conocía todos los caminos de la Montaña. Quizá ningún Guerrero Celestial los conocía, pues la fortaleza nunca estaba llena del todo. La mayor parte del Capítulo libraba una guerra eterna y solo volvía a su planeta natal para los festines o consejos que se celebraban, y,

en cualquier caso, el lugar estaba pensado para una legión, no para un Capítulo.

Siguió, cada vez más adentro. Los ecos de las voces mortales desaparecieron del todo y se vieron reemplazados por el ritmo casi imperceptible de las profundidades de la tierra. El hielo se resquebrajaba en todo momento y contaba el paso del tiempo como un crono que no se alcanzaba a ver. El agua derretida, formada encima de conductos de energía enterrados, goteaba sobre la piedra rota, antes de volver a congelarse en unos patrones arremolinados más abajo. Desde los enormes conductos salían los gruñidos, apenas perceptibles, de los enormes reactores encargados a los Sacerdotes de Hierro, alimento de las forjas eternas que fabricaban las armas bélicas del Capítulo y, según había oído, de las salas olvidadas, habitadas por los más antiguos de todos, con el corazón congelado y la mente sumida en un éxtasis onírico.

Para entonces ya no tenía ni idea de adónde se dirigía, ni tampoco de por qué, pues solo sabía que las sombras eran bien recibidas, y, por el momento, no necesitaba que el fuego le calentara el corazón ni tampoco más comida que le llenara las entrañas. Había pasado por los cambios y su cuerpo aceptaba el frío helado que antaño habría acabado con él, y lo recibía con los brazos abiertos.

Entonces se quedó inmóvil, y el vello del dorso de los brazos se le erizó. Sin hacer ningún ruido, tan rápido como un pensamiento, se llevó una mano al mango del hacha que llevaba atada al cinturón.

El pasillo que tenía por delante estaba tan oscuro y vacío como los demás, se alzaba un poco y se curvaba hacia la izquierda. Haldor entornó la mirada, pero las sombras eran espesas, y nada lograba atravesar la penumbra.

Había algo más adelante, fuera del campo visual, pero detectable de todos modos. Una feromona, tal vez, o el espectro de un olor. Haldor se agazapó y avanzó poco a poco, aferrado

sin mucha fuerza al mango del hacha. Era de todos conocido que los túneles del Colmillo estaban llenos de peligro. Fue muy consciente del escándalo que hacía su armadura al caminar, de lo sigiloso que podría llegar a ser si se desprendiera de ella.

Alcanzó la curva que tenía más adelante y giró. El cambio en el ambiente le indicó que el pasillo se abría, pero la oscuridad era absoluta. Oía algo, una respiración similar a la de un animal, leve y ronca, pero no lograba distinguir dónde estaba exactamente. Se agazapó, cambió la posición del hacha y se preparó para atacar.

Antes de que pudiera hacer otra cosa, una voz surgió de la oscuridad, más profunda que la de cualquier animal, teñida por la edad.

—Deja el hacha, chico.

Haldor obedeció antes de darse cuenta de ello, obligado por una herencia genética más antigua que él mismo. De sopetón, la cortina de oscuridad pareció cambiar y una silueta surgió de la penumbra interna del Colmillo. Por un momento, lo único que vio Haldor fue un producto de las pesadillas antiguas, un demonio de los bosques oscuros, coronado con ramas, con unos ojos azules como el hielo del mar y unas manos que parecían las raíces nudosas de los árboles.

Solo que entonces acabó viendo unas facciones que conocía tanto como las suyas, a pesar de no haberlas visto nunca en persona. El rostro estaba manchado de ceniza, con un patrón negro sobre la tez pálida. Un manto de pieles pesado caía sobre los hombros encorvados de la figura, y un guantelete gris plomizo se aferraba a la empuñadura de un mandoble pesado y lleno de runas.

Al instante, sin que nadie se lo pidiera, Haldor hincó una rodilla en el suelo.

—Déjate de tonterías —le dijo su primarca, irritado—. ¿Qué haces aquí?

Haldor no lo sabía. Las palabras de Aeska lo habían echado y el frío lo había atraído, pero no entendía nada más allá de eso. Tal vez había sido por la bebida, o quizá porque era la última oportunidad de recorrer las profundidades silenciosas que iba a tener antes de que lo llamaran. O por el destino.

Y así fue como se encontró a solas y en presencia del Señor del Invierno y la Guerra.

—Ah, eres uno de los cachorros de Aeska —dijo Lemán Russ, acercándose más a él con sus ojos relucientes en la oscuridad—. No me extraña que te hayas ido del comedor. Dichosas sagas; me las sé todas de memoria ya.

Haldor no sabía si bromeaba o no.

—Hablaban del Padre de Todos —dijo, dudoso, consciente del peligro que albergaban todos los movimientos del primarca. Russ era como un melena negra: enorme, impredecible y lleno de peligro—. Decían que vos luchasteis contra Él. Que fue la única vez que perdisteis.

Russ soltó una carcajada ronca, y el manto de pieles que llevaba se sacudió.

—No fue la única vez, no. —Retrocedió hacia las sombras una vez más, con lo que pareció encogerse un poco, pero el peligro permaneció allí.

Haldor captó varios atisbos del atuendo de su señor. No llevaba la armadura pesada del rey guerrero, sino unas capas de lana tejida y manchadas del carbón de las ascuas al apagarse. Era la vestimenta de los rituales de muerte, de luto. Algún guerrero del Aett, quizá incluso del Einherjar, debía de haber perdido la vida. Aun así, era extraño que los Sacerdotes Lobo no hubieran pronunciado el nombre de los difuntos del Capítulo.

Russ se percató del arma que Haldor se había vuelto a atar al cinturón y la miró con cara rara.

—¿Sabes qué cuchilla es esa? —le preguntó.

Haldor negó con la cabeza y el primarca soltó un resoplido de puro disgusto.

—Los huecos se agrandan, los agujeros en el hielo, con cada verano que pasa —dijo Russ—. No sabes nada. No recuerdan nada.

El primarca guardó silencio y se volvió un poco hacia la oscuridad. Haldor, por su parte, no dijo nada. Los corazones le latían de prisa y con golpes secos: una respuesta instintiva a la amenaza, por mucho que nadie hubiera desenvainado ningún arma.

—No sé si has acabado aquí como una burla para mí o para tranquilizarme —dijo Russ por fin—, pero aquí estás. Así que escucha. Escucha y recuerda.

Haldor se quedó plantado, sin atreverse a moverse, observando la silueta enorme y ataviada en pieles que estaba bajo el corazón de la Montaña. Russ le hablaba como un escaldo.

—Combatí con el Padre de Todos, es cierto, y me venció, pues hasta los dioses le temen a Él, el más poderoso de los hombres. Pero no fue la única vez que perdí.

Los ojos del primarca brillaron, como unos puntos de zafiro perdidos en el agarre de la sombra helada.

—Hubo otra vez más.